CRONICA DE SANTANDER

IBAMOS lejos, a una misa. A la cabeza de Castilla, a un paso de Santa Illana, la santa hermosa que arrimó su gracia contra el moro. La decía un amigo, uno que salió escribiendo corto—versos—, que iba para nada, que andaba por las calles sin un real, que tenía la angustia de sentirse embadurnado de sueños, proscrito, y amante, sin embargo, de la vida y del prójimo, bueno. Y que además sentía que la inocencia poética, alegre, de sus pasos, no estaba reglada y, algunas veces, cuando se quedaba serio, era como si hubiese caído en un hoyo.

Castilla vestía un contentillo verde entre tiritones de viejo tambor. Se alborozaban los fresnos de color caoba, como las damas de la ciudad que quedaban atrás, como las damas de antaño. La tierra, en los suaves declives, consentía la nieve en chicos, redondos cuencos tranquilos como manos viejas que sostuvieran las manos blancas, voladoras del nieto. Íbamos a la misa de Julio Maruri, al que habíamos visto ya en foto de carmelita, afilado, con arruguillas sabias y precoces.

El mar estaba quieto al lado de la ciudad, el aire suave y las luces de los escaparates y las calles evitaron, encendiéndose, que la noche, de buena, se cayera al suelo. Era el 2 de febrero, y fray Casto del Niño Jesús—Julio Maruri—prologaba su misa mostrando al público el color de sus cuadros. Era su primera exposición personal, y fray Casto se expuso a la mirada curiosa de los visitantes. Allí estaban Concha Lagos, Gerardo Diego, Ricardo Gullón, José Hierro, Jorge Campos, el poeta turco Solimán Salóm, Leopoldo Rodríguez Alcalde, Manuel Arce, Pedro Cantolla, mantenedor de "Proel"; los pintores Pancho Cossío y Ricardo Zamorano, Pitty Cantalapiedra y Pablo Beltrán de Heredia. Fray Casto, mínimo, emana fresca alegría mostrando sus dientes sin brillo, duros. El cerquillo carmelita le cae como un capón amical que le amagara un poco. Sus ropas esparcen un olor a cántaro, a oquedad, a convento, a barro mojado por agua bendita o por sangre. Maruri salta, saluda, da gracias, se ofrece. El pájaro o el niño que lleva en su corazón revolotea en la jaula que ha llenado de amigos y quiere hacer su trino o su gracia a todo el mundo. El alma del frailecico se le sale del cuerpo, irradia, nos hace no extrañar un milagro.

El día 3 hace sol. Los barcos se contonean con emoción suave. Subimos la cuesta de los Carmelitas. Maruri nos espera alegre, igual que ayer, como si no hubiera dormido, con su cara macerada, pálida, color de hueso. Se disponen los escritores a oír su misa que es la de Julio, en una iglesia que no es románica, ni gótica, ni nada; que es una iglesia bien lavada para cristianos sencillos. La iglesia está llena. Es la Purifi-

cación de Nuestra Señora. En los brazos de la nave, arriba, Santa T resa y San Juan apuntan a fray Casto su papel. Julio canta los salm como un pajarico, quedándose solo en el difícil trino de Dios. Y Dios ha agraciado con una emoción o con un catarro tan inocente, que tie que sorber de cuando en cuando con la nariz, como un niño en un escuela fría. Y el pueblo cristiano besa luego sus manos. Y fray Cas no espera a que lleguen los labios, se levanta y echa a rodar sus man al fervor y no las echa al centro de la iglesia porque no puede. Y entra en escena, dignos, como una medalla de dos perfiles, los padres de M ruri, recibiendo hoy, y mañana también en la misa de José Luis H dalgo, la comunión de manos de su hijo.

La misa por Hidalgo fué en la cripta de la catedral. Regresaba a su tierra los restos, y el escultor Otero, en Santillana, le daba día noche a la piedra buscando el hueso y la vena a "Los Muertos". Su obr estaría por la tarde frente al mar, en el Parque de González Mesone en el Sardinero. Nos marchamos, hasta que fuera la hora, con Pablo Be trán de Heredia. Su gesto ausente, reposado, sencillo, fué culpable d muchas buenas cosas que pasaron allí o, al menos, de la forma just y agradable de esas cosas. Alrededor de la hora, merodeando, nos llega mos al mar. Los poetas habían llenado de huellas la arena húmeda cogían conchas, piedrecillas lavadas, tomaban el mar de fondo par sus fotos. Las niñas iguales de un colegio les miraban divertidas, ol vidadas del pan y haciendo estrellas morosas con la onza de chocolate Oímos un clamor y había un grupo, un brote de personas, ante el bust tapado. El clamor venía del estadio, donde el Rayo Cantabria se enfren taba al Gerona. El clamor sería por una buena jugada del Rayo Canta bria o por las incursiones del Gerona, que venció. El grupo—silencioso— se apretó más. A la derecha se oía el rulo, un poco fantasioso, de las olas a la izquierda, el regocijo clamoroso, extraño, de los "hinchas". Corría un vientecillo salino, suave, que venía a echarse la culpa de las lágrimas Ya había alguna. Leía unas cuartillas, en nombre de los poetas extran jeros, Solimán Salóm. Luego Bernardo Casanueva Mazo, por los hispano americanos. Después Jorge Campos, que habló en nombre de los escri tores españoles, y, al fin, un hermano de Hidalgo dió las gracias. Se descubrió el busto. Apareció, con tristeza en la piedra, una cabeza meta física, dura y doliente, que alzaba su mirada a los aires, al mar. Sus amigos le reconocieron, sus familiares lloraban. Julio Maruri rezó por su amigo José Luis Hidalgo. En la Diputación, más tarde, hablaron del autor de "Los Muertos" José Hierro, Gerardo Diego y Julio Maruri.

Así fueron en Santander estos días: inolvidables y limpios.

MEDARDO FRAILE